

Cultura audiovisual y otros (des)equilibrios en la era de Big Brother (II)*

Omar González
Escritor y Presidente del Instituto
Cubano del Arte e Industrias
Cinematográficas (ICAIC).

TRES

La expansión inicial de la televisión estuvo ligada a su función informativa y a su probada eficacia para el entretenimiento y la difusión publicitaria; hoy sólo cuenta la última de estas razones. Durante la guerra contra el pueblo de Irak, por ejemplo, la cadena Fox desplazó a la CNN de la preferencia de los televidentes en los Estados Unidos; ello no se debió a que expresara distintos puntos de vista editoriales, en los que no había divergencia alguna entre ambas, sino a la seductora conjunción de bazar y espectáculo que mostró la primera, en su calidad de criatura predilecta del muy *bushista* Ciudadano Murdoch.

Pero la desigualdad total, como a todo en esta vida, también define a la televisión. Mientras en 1995 había en el mundo un telerreceptor por cada 6,8 personas, en Gambia y Haití no pasaban de dos y cuatro por cada millar de habitantes; en contraste, los Estados Unidos, Canadá y Japón exhibían el exorbitante promedio de 806, 709 y 700 de estos equipos por igual número de ciudadanos. Ha sido tal su generalización, que en el 2010 se prevé que

estén funcionando 2 mil millones de unidades en el planeta, y en el 2025, 5 mil millones. Con toda seguridad, si continuamos como vamos -lo que ya es insostenible para el mundo-, Gambia y Haití seguirán sin figurar entre los primeros usuarios de este soporte audiovisual.

Ahora bien, para qué sirve la televisión en nuestros días o, mejor aún: cómo y con cuáles propósitos se utilizan sus infinitas posibilidades tecnológicas y cognoscitivas. Por lo general, independientemente de los buenos ejemplos, este medio no pasa de ser el clásico Caballo de Troya al servicio de la globalización dominante. Y es en este punto cuando introduzco de nuevo algunos datos que me parecen imprescindibles para comprender la magnitud del fenómeno. En el 2002, el consumo mundial de televisión aumentó en 180 segundos, lo que elevó el promedio existente a 204 minutos (3,4 horas) por persona diariamente. El país con mayor teleaudiencia fue los Estados Unidos, con un *per cápita* -incluido Canadá, que ciertamente lo disminuye- de 4 horas y 16 minutos al día -en la Unión Europea (los Quince), llegó a ser de 3

*Nota del editor: En la edición No. 55, por un error de sistemas, la primera parte del presente artículo de Omar González repitió varias veces intercalado en el texto, el título del artículo. Pedimos disculpas al autor y a los lectores por las molestias que esto pudo ocasionar.

horas y 22 minutos-. En cuanto a géneros, la Ficción ocupó el primer lugar, con el 74 por ciento de los diez programas más sintonizados a escala mundial, incluido el Cine, del que, específicamente el de los Estados Unidos, representó el 60 por ciento de los filmes más vistos. O sea, por si fuera insuficiente lo que ocurre en las salas, la llamada "caja tonta" se encarga de constreñir cualquier resquicio por donde entrarían las posibles alternativas de programación cinematográfica.

En este erial de la uniformidad, Cuba sería una excepción más que loable, pues se trata del único país del mundo cuya televisión forma parte de una estrategia que sitúa la educación y la cultura en el centro de su actividad. Otras pocas naciones también podrían ofrecer un panorama menos sombrío, más afinado en sus respectivas identidades o en la tradición de su cultura audiovisual, pero nunca hasta el punto de permanecer ajenas a la corriente trivialista, desinformativa y manipuladora que, quíerese o no, ha prevalecido siempre en la televisión mundial y que se ha agudizado en los últimos veinte años a partir de que se desarrollaran las comunicaciones satelitales y se incrementara la función mercantil del medio. La de los Estados Unidos, con todo y sus buenos programas, es el ejemplo más connotado de lo que no debe ser una televisión de alcance humanista. La desproporción entre banalidad, conservadurismo y rigor es tan pronunciada, que la calidad, cuando se manifiesta, resulta marginal y, por ello mismo, excluible dentro del sistema de jerarquías impuesto por las leyes de la publicidad o del mercado. La saturación de seudocultura convierte los espacios televisivos inteligentes en refugio, acaso, de una endémica e ignorada minoría.

En términos de lo que pudiera definirse como un lenguaje artístico original, en lo que a mi juicio aún no consigue expresarse cabalmente la televisión, ésta se ha debatido siempre entre las poéticas del arte y la hibridez de su

naturaleza espectacular; de ahí su contumaz desigualdad. Otra cosa sería evaluarla precisamente como espectáculo, lo que se corresponde con el carácter de las sociedades contemporáneas, cuando tanto se habla de exorcismos, simulaciones y apariencias. Al respecto, no cabe duda de que este medio no sólo ha evolucionado, sino que ha influido en otras manifestaciones artísticas. En fin, lo que trato de decir es que no tiene sentido empantanarse en bizantinas discusiones comparativas entre la televisión y, por ejemplo, el cine, justamente cuando una y otro se han identificado tanto que han dado lugar a una nueva revelación de nuestro tiempo: el audiovisual. Pretender que el llamado séptimo arte, por haberse hecho de una sustentación teórica y una praxis artística sistemática, ha permanecido indemne a los cambios tecnológicos y a los efectos de la expansión televisiva, sería absurdo y reflejaría una postura elitista. La cuestión no radica en los medios, sino en los fines y, por supuesto, en la degradación constante de la realidad que los sostiene y que ellos modelan y representan en permanencia.

En sus diversas manifestaciones, el *reality show* es la nueva pandemia de la televisión. Sus orígenes se remontan a los tiempos fundacionales del medio, cuando empezaron a proliferar los concursos escatológicos y los espectadores, sin dejar de serlo, se transformaron en sujetos con oportunidad. En Cuba, los más viejos recuerdan la penosa imagen de los marginados de siempre desafiando fieras, mofas y obstáculos con tal de hacerse a un poco de dinero para sobrevivir. Pero el *reality show* actual es más elaborado y devastador. Diríase que el individuo, para participar, ha de renunciar a lo mejor de su identidad y ofrecerse desnudo en un circo poblado por una multitud de cámaras. El más célebre de todos ha sido *Gran Hermano*, cuya agonía parece cercana, aunque no su reproducción en otros espectáculos de similares características. Su creador fue un antiguo discjockey de una radio de Ámsterdam, en quien

sus adeptos reconocen que "relanzó de algún modo la televisión a fines de los años noventa". John De Mol se llama este holandés, que ya es millonario por la venta de los derechos de autor. En Argentina estuvo y dijo en diálogo con la prensa: "(El) programa no es la realidad. Y esta tendencia de televisión hecha por gente real, estará aquí por seis o siete años más. En Holanda estamos empezando *Big Brother 3*". Y agregó, en un dechado de revelaciones pueriles: "... el cambio más importante (que introduciremos) es que hemos dividido la casa en dos partes. La parte rica y la parte pobre. Los dos equipos tienen que competir y el ganador queda en la parte rica. Y la diferencia entre la parte rica y la pobre es enorme. El rico tiene todo lo que quiera las veinticuatro horas del día. El pobre tiene agua y pan. Nada más." Es tal el desparpajo de estas palabras que preferiría no comentarlas.

Para que se tenga una idea del interés absolutamente primitivo que suscitan estos culebrones de vieja estirpe, bastaría decir que en Argentina se presentaron 120 mil aspirantes a la convocatoria de *Gran Hermano 2*. Era un indicador irrefutable del estado de la nación entonces más artificialmente próspera de Latinoamérica. Apenas unas semanas después, estallarían los primeros "cacerolazos", aparecería el "corralito" y todavía, con un nuevo Gobierno de por medio, nadie puede asegurar que escampará.

La multiplicación del *reality show* en la televisión mundial, con émulos más o menos sofisticados e incluso mucho más burdos que *Big Brother*, no es un hecho fortuito. Responde a regularidades históricas y objetivas de nuestro tiempo y a la estructura de poder que gobierna los medios. Es la cosecha de la desesperanza y de la pérdida de identidad por obra y gracia de

la mercantilización de los sentimientos. Es, valiéndonos de la ayuda de Marx, la apoteosis de la enajenación. Desaparecerá *Gran Hermano*, pero nadie duda que sus sucedáneos ya son peores.

CUATRO

Para comprender lo que ha significado Internet para la humanidad hay que apelar, inevitablemente, a las estadísticas. Si en diciembre de 1995 las personas conectadas a la Red eran 26 millones (0,63 por ciento de la población mundial) y apenas cinco años después sumaban 455,04 millones (7,43 por ciento), y ya en febrero de 2003 iban a ser 580 millones (9,66 por ciento), no hay por qué dudar de lo que afirman los especialistas cuando sostienen que, a la altura del año 2005, la cifra habrá rebasado cómodamente los mil millones de internautas¹. Tal proyección en el crecimiento no tiene comparación posible con lo sucedido en el desarrollo de ninguno de los medios tradicionales. Era algo impensable hace sólo tres décadas.

Pero la red de redes, además de su alcance global, incorpora otros elementos de consideración al análisis del estado de la cultura, la información y las comunicaciones en el momento actual. Contrario a lo que sucede con el cine y la televisión, frente a los cuales los países pobres devienen receptores pasivos y depósitos de trivialidades, Internet es el único medio que permite interactuar y acariciar -todavía, y subrayo esta palabra- la ilusión del diálogo ininterrumpido entre culturas e identidades diferentes. Digamos que es un medio basado en la alteridad, un espacio hipotéticamente ilimitado para escuchar la voz del otro. Al menos, reitero y aclaro, en teoría.

¹ Aunque las estimaciones varían ligeramente según las fuentes consultadas, hemos partido de los datos publicados por UNTAC y las firmas especializadas NUA Internet Surveys, Global Business Centre y eTForecasts durante finales de 2002 y principios de 2003. En lo tocante al número global de accesos, hemos optado por las cifras más discretas.

.....
En términos de lo que pudiera definirse como un lenguaje artístico original, en lo que a mi juicio aún no consigue expresarse cabalmente la televisión, ésta se ha debatido siempre entre las poéticas del arte y la hibridez de su naturaleza espectacular; de ahí su contumaz desigualdad.

En la misma medida en que los grandes medios se adueñaron de ella, Internet también se transformó en uno de los recursos más eficaces al alcance del poder imperial del Tío Sam. Según un reporte de Pew Internet & American Life, fechado en abril último, durante los días de mayor intensidad de la guerra en Irak, el 77 por ciento de los usuarios estadounidenses utilizó la Red para conseguir información al respecto, y el 55 por ciento envió o recibió correos electrónicos relacionados con el asunto. Fue tal la importancia de Internet en aquellos momentos, que el 44 por ciento de sus abonados estadounidenses recurrió a ella como medio noticioso, y el 15 por ciento, específicamente, para saber de Irak. Después de la televisión, fue el más utilizado de los medios, tras desplazar a la prensa impresa al tercer lugar. Diecisiete por ciento de estos cibernautas prefirió la Red como principal recurso informativo de la guerra. Pero ¿qué vieron, cuál fue el enfoque dominante en la mayoría de las noticias y comentarios? No hay que esforzarse demasiado para saber la respuesta, mucho menos si tomamos en consideración que una de las primeras medidas del gobierno de Bush fue tramitar la complicidad de los dueños de las principales cadenas, silenciar y amordazar a los rebeldes y crear una especie de Ministerio de Información al estilo nazi, pero corporativo, encabezado por

la asesora de Seguridad Nacional, la señorita Condoleezza Rice, la misma que en determinado momento de su formación profesional confesara sentirse "interesada" en conocer la forma como Stalin logró concentrar tanto poder en sus manos. En correspondencia con los inestimables servicios de la gran prensa yanqui a los planes guerreristas de la Casa Blanca, la Comisión Federal de Comunicaciones aprobaría el 2 de junio de 2003 una nueva ley que liberaliza el mercado y elimina cualquier obstáculo a la concentración de la propiedad de los medios por encima del 35 por ciento de audiencia local. De hecho, sin haber aparecido esta legislación, ya las cinco mayores corporaciones de los Estados Unidos controlaban el 60 por ciento del mercado informativo, y una sola entidad, Clear Channel, que no cuenta entre los referidos emporios, era dueña de 1200 emisoras de radio. El peligro es de tal magnitud que alguien como Ted Turner, de quien se afirma que constituye el principal accionista de AOL-Time Warner, se vio obligado a publicar un artículo en el *Washington Post* a finales de mayo, donde expresaba lo siguiente: "Nuestra democracia necesita un diálogo más amplio." (...) "Las reglas servirán sin embargo para dar más poder a las corporaciones y restringir así la circulación de ideas y el debate público." Y, en prueba de ello, acudía a la forma como los gran-

■
² Citado por Carlos Fresneda, en información publicada en El Mundo, España, 31-5-2003.

des medios reflejaron la guerra de Irak: "Varias compañías de información intentaron marginar a los que se oponían a la guerra, descartándolos como 'elementos minoritarios'... Pues bien, el papa Juan Pablo II se opuso también a la Guerra. ¿A qué punto de estrechez mental hemos llegado que hasta la opinión del Papa está considerada fuera del legítimo debate?"² El insoluble problema de la prensa de los Estados Unidos no es en manos de quién está, sino a qué intereses sirve.

Otra de las medidas inmediatas de los agresores contra Irak, fue la de pulverizar, en términos reales y virtuales, cualquier salida al exterior de señales informativas provenientes de ese país, incluso las independientes. Los pocos sitios Web que hubo antes de la contienda, así como los habilitados en otros países, principalmente en embajadas e instituciones oficiosas, fueron silenciados de la manera más sencilla, privándolos de servidor y dominio. El 15 por ciento de los internautas estadounidenses que acudió a la Red a buscar información sobre el país árabe, excepto en publicaciones alternativas, no debe haber encontrado otra cosa que lo mismo que ofrecían las grandes cadenas y alguna que otra base de datos sobre vida y costumbres. Ni siquiera Al Jazeera, la célebre emisora de televisión qatarí, logro salir indemne. Su Web fue "hackeada", sus correos taponados y su señal interferida varias veces. Aún más, poco después de finalizada la Guerra, su director se vio obligado a renunciar bajo la delicada acusación de trabajar para el gobierno de Sadam Husein. Durante aquellos días, la única fuente de información más o menos objetiva para seguir del desarrollo de los combates, en virtud de que los iraquíes mentían tanto como los yanquis, lo constituyó un servicio digital de analistas militares rusos, cuyos par-

tes difundía www.rebellion.org. Conocida es la leyenda de aquel testigo solitario -aún dudo que existiera; en esta guerra muchas cosas llaman a sospecha³-, que informaba acerca de la situación interna en la capital y que, como si formara parte del marketing de la victoria, fue mitigándose en relación directa con el auge de los bombardeos y la sospechosa claudicación de la resistencia en Bagdad. Ojalá aparezca y disipe mis dudas, ojalá no fuera otra invención propagandística.

No obstante, lo sucedido con Internet, tanto en los Estados Unidos como en Irak, es sumamente útil para formarse una idea de su importancia en situaciones extremas de aislamiento, manipulación y guerra. Independientemente del predominio del punto de vista imperial y del papel de vocero concertado de los grandes medios de comunicación, no puede soslayarse, por lo revelador, que durante aquellos días el movimiento contrario a la guerra, a veces espontáneo y casi siempre liderado por organizaciones informales, alcanzó magnitudes inéditas. Siempre recordaré el vórtice de la gran concentración efectuada en Berlín, el 15 de febrero de 2003, con alrededor de un millón de personas pronunciándose por la paz y por las más diversas causas progresistas. Ahora, ante nuevos peligros en fila, haría bien aquella parte de la opinión pública internacional en no desmovilizarse y no esperar la inminencia de otro(s) zarpazo(s) para reaccionar nuevamente. Motivos no faltan: los Estados Unidos se convierten, cada minuto que pasa, en un estado fascista obvio, tanto en su comportamiento en lo interno como en lo externo. Pero éste sería asunto de una reflexión más amplia, que exigiría espacio propio, no obstante su estrecha vinculación con los tópicos abordados en este artículo.

³ Paladinamente, el subsecretario de Defensa de los Estados Unidos, Paul Wolfowitz, ha confesado a Vanity Fair (9-5-2003), que "por razones burocráticas nos pusimos de acuerdo (en el Gobierno noreamericano) en un tema, las armas de destrucción masiva, porque era la única razón sobre la que todos podíamos estar de acuerdo".

Una visión ingenua de la Red puede llevarnos también a obviar la desigual confrontación de valores que tiene lugar en ella y a soslayar la brutal hegemonía de los países industrializados en todos sus ámbitos. Mas ya hemos dicho que *vivimos en un mundo en el que la desigualdad y la injusticia hace rato no pueden medirse*. Un ejemplo de los espacios ganados en favor de la diferencia en Internet es lo que viene ocurriendo con la expansión china y con los medios alternativos de información y análisis. En junio de 1997, la República Popular China contaba con apenas 200 mil usuarios de la Red; en diciembre de 2000, con 22,5 millones; a finales del año 2002, dejaba ver la cifra de 54,5 millones, y en marzo de 2003, ya eran cerca de 60 millones los ciudadanos con acceso directo a Internet. Se trata, en fin, del país que evidencia el más acelerado e importante proceso de crecimiento en la conectividad mundial. En ese mismo período, el idioma chino pasó a ser el segundo en importancia dentro de los más frecuentemente utilizados en Internet, con 68,4 millones de cibernautas. El primero, como es de suponer, continúa siendo el inglés (230,6 millones), cuyo potencial no es desestimable en la misma medida en que la India se dispara en la producción de *software* y otros productos virtuales, así como en la exportación de capital humano especializado en programas y manejos informáticos. China es (tal vez era) el tercer territorio en número de accesos, luego de los Estados Unidos, que encabeza la lista con 168 millones, y Japón, que sobrepasa los 64, 8 millones de usuarios. Sin embargo, se prevé que el país más poblado de la Tierra deje atrás a su más cercano y vecino competidor durante los próximos seis meses -varios estudiosos aseveran que esto ya ocurrió y cifran su número de usuarios en 69 millones actualmente-, y a Norteamérica en los próximos tres años. El día no lejano en que la mitad de la población china consiga acceder a Internet, no tendrá sentido comparación alguna con los países restantes. A

continuación aparecen Alemania, con 35,6 millones; el Reino Unido, con 29,1, e Italia, con 22,7 millones. Los seis países mencionados acaparan más del 65 por ciento de las conexiones mundiales, lo que pone de manifiesto hasta qué punto la disparidad es reflejo de las diferencias entre ricos y pobres. África, con alrededor de 7 millones de usuarios, y América Latina, con 11,6 millones, apenas el 1 y el 2 por ciento del acceso mundial, según el caso, corroboran lo dicho. Sus perspectivas de desarrollo son tan poco estimables que en sus pronósticos ni siquiera las toman en cuenta las principales firmas encargadas de evaluar el tráfico y la evolución de la Red a largo plazo.

Si lo señalado hasta aquí no fuera suficiente para asirse a la idea de que Internet no es un espacio políticamente neutro ni el paraíso de la diversidad que algunos imaginan, añadiríamos que constituye el escenario ideal para la actuación de los sistemas de vigilancia mejor dotados del Imperio. Porque si el Big Brother orwelliano tuvo su internacionalización mediática en las redituables aplicaciones del discjockey De Mol y en el mimetismo en cadena de las televisoras comerciales, ha sido en la Red donde ha encontrado verdaderamente su coronación mundial. Como éste es un tema bastante estudiado, sólo me referiré al que parece ser el más sofisticado de los sistemas de vigilancia, Echelon y, de pasada, mencionaré otras vías para controlar la privacidad de los cibernautas y obstaculizar la navegación por (o la existencia de) sitios alternativos en la Web. La urdimbre en la que se sustenta Echelon consta de 120 satélites Vortex y es capaz de interceptar todo tipo de comunicaciones electrónicas, a un ritmo de más de 2 mil millones por día. Su existencia nunca ha sido reconocida de manera explícita por los países que originalmente lo crearon (los Estados Unidos, Canadá, el Reino Unido, Australia y Nueva Zelanda), con el propósito de monitorear, sobre todo, el tráfico informativo generado en la

antigua Unión Soviética y otros países de Europa del Este. Luego de la acelerada implosión del socialismo en aquella zona del mundo, Echelon continuó operando con los mismos fines que antes, pero ampliando su cobertura geográfica y temática: recabar información relacionada con el acontecer político y económico sin reparar en fronteras ni en ideologías posibles. Los analistas aseguran que su alcance actual es absolutamente global y que pudiera estar enlazado con múltiples sistemas nacionales o regionales, sin que ello signifique que haya perdido su identidad, esencialmente estadounidense, sino que refleja el esquema unilateral de dominación vigente.

Otras formas más simples de control y seguimiento a las alternativas políticas y culturales opuestas a la globalización son las relacionadas con la implantación de programas espías en la Red. La gama se extiende desde los ideados por los servicios especiales, como el Carnivore y otros más complejos e indescifrables del FBI y la CIA en los Estados Unidos, hasta las ambiguas e insignificantes cookies y los temidos troyanos y virus, a veces obra de hackers independientes o al servicio de poderosas empresas y entidades. El objetivo de estos programas siempre es el mismo: vigilar, robar, dañar o destruir la información archivada en los ordenadores. Este complicado rosario de injerencias, que se distingue por su constancia y ubicuidad, no debe ser subestimado a la hora de configurar cualquier estrategia de validación de la Red como medio para difundir nuestra verdad y nuestros puntos de vista sobre la realidad contemporánea. Es algo con lo que hay que aprender a vivir y ante lo cual conviene protegerse. De esta manera también actúa el imperialismo en el ámbito de las nuevas tecnologías. Cada sitio alternativo debería hacerse,

entonces, de múltiples espejos en diferentes países y dominios.

En cuanto a los medios alternativos y periféricos, cabe señalar que, parejamente a la pérdida de objetividad y privatización de los grandes servicios noticiosos *online* -algo que viene incrementándose día tras día: los diarios españoles *El País* y *El Mundo* han sido de los últimos en sumarse a esta tendencia-, aquellos cobran inusitada importancia, particularmente en el entorno afín de los mal llamados *globalifóbicos*⁴, o sea, los inconformes, los que no temen al fenómeno, sino que lo enfrentan y hacen todo por subvertirlo. Aumentan los foros de discusión, las bases de datos especializadas, las redes de solidaridad y orientación, al igual que la política del *software libre*. A través de estas estrategias emergentes, la cultura artística y el pensamiento contemporáneo encuentran un espacio de convocatoria y propagación difícilmente superable, si bien hay que considerar que, de la misma manera que florecen las buenas intenciones, también lo hacen las perversidades.

De acuerdo con el sentido común, la mejor forma de navegar en Internet es cuando se parte de un criterio de selección, de una sustentación cultural y filosófica, de una orientación en la búsqueda y de un enfoque social que permita compartir el hallazgo; de lo contrario, el extravío está asegurado y la pérdida de tiempo también. La Red está saturada de desechos, fraudes, intrusos y otras calamidades por el estilo. Solamente en el tópico de la pornografía infantil, se calcula que existan más de 10 mil sitios en los que son explotados alrededor de 300 mil niños.

En lo que tiene de renovador y gratificante esta nueva maravilla de la tecnología y la creatividad humana que es Internet, merece multiplicarse en función de difundir el conoci-

⁴ Término atribuido al ex-presidente mexicano Ernesto Zedillo y algunos de sus asesores. Se considera un ejemplo típico de "malinchismo cultural".

miento y las mejores ideas. Aunque no comporta en sí misma la salvación del mundo, si se la utiliza bien, puede ayudar a transformarlo. Y si no se atajan a tiempo sus crecientes desvaríos, que nacen de nuestras realidades y no de sus características técnicas, terminará empobreciendo aún más al ser humano, que en su aislamiento hará del hogar su gruta y de la virtualidad, su vida. No exagero; tras los actos terroristas del 11-S y la bien pensada sensación de histeria, amenaza y pánico promovida por el gobierno de Bush, en los Estados Unidos y en otros países se han disparado los índices de comercio electrónico y la dependencia de la tecnología para salir menos de casa.

En la última edición de la Feria de Electrónica de Consumo de Las Vegas, que tuvo lugar en enero de 2003, se verificó que si hace 35 años el mayor atractivo del evento lo constituían los radios con cassette y los televisores en blanco y negro, hoy, sin renunciar al entretenimiento como motor del mercado, los nuevos inventos apuntaban a consolidar la tendencia a evitar la exposición a los riesgos de la calle. Entre los artículos más demandados estuvieron aquellas novedades que incorporaban la síntesis de funciones entre la computadora y otros equipos electrodomésticos, de tal forma que, al conectarse en red, fortalecieran la autonomía hogareña.

Pero el desequilibrio actual en la cultura, no se manifiesta únicamente en los medios audiovisuales y en el frenesí de la virtualidad. La música, las artes plásticas, el libro y la literatura, escenarios habituales de inquietudes y rompimientos, experimentan las mismas instrumentalizaciones. El fin último del capitalismo, consciente de su orfandad intelectual, ha sido desideologizar el arte y silenciar las posiciones genuinamente rebeldes o simplemente iconoclastas. En ese bregar ha cobrado incautos, domesticado conciencias y travestido a no pocos indecisos. Si hemos visto derrumbarse altares, a qué dudar que también han

hecho agua ciertos dioses. En su historia, la Revolución cubana ha conocido estas decepciones, pero es virtud suya saber distinguir entre los renegados y sus víctimas.

Desde luego, los efectos del mercado no se limitan únicamente al rincón de los dúctiles y los confundidos; de esparcirlos por doquier se ha encargado la globalización en su manifestación más pueril, el neoliberalismo. Si a finales del siglo XIX, "casi ningún aspecto de la vida quedó fuera de la influencia de las actuaciones imperiales", imaginemos lo que sucede hoy, cuando la vida misma es el principal objeto de tales acciones. Todos recordarán la tendencia iconoclasta del arte conceptual en la segunda mitad de la pasada centuria: aquella invasión de los espacios públicos, la negación de la galería y el museo como únicos sitios válidos para legitimar la obra, la abdicación de la propia obra, de su validez y su legitimidad; en fin, la trasgresión posmodernista. Bien, no obstante los beneficios que nos legaron aquellas actitudes -genuinas muchas de ellas, excepcionalmente originales a veces-, la respuesta del mercado no fue satanizarlas, sino absorberlas y convertirlas en curiosidad mercantil con valor de uso contemplativo. Hoy, quizá debido a aquella persistencia y osadía del arte y los artistas, o por mera intuición del sistema, los grandes dueños de colecciones, los principales museos y hasta algún otro bastión del clasicismo y la ortodoxia estética, se precian de mostrar en sus paredes la obra irredenta de sus principales detractores. ¿Ganancia del arte o derecho de pernada? Ambos y otros, modas y modos.

Con la música ha sucedido otro tanto, aunque lo imagino peor. Digamos que la expansión monopolista de las disqueras, entronizada con la influencia homogeneizadora de los medios audiovisuales, ha provocado que todos bailemos al mismo ritmo, escuchemos las mismas canciones y sepamos la vida y milagro de los seis o siete famosos más famosos del mundo. ¿Quién no ha oído hablar de Madonna,

.....
El desequilibrio actual en la cultura, no se manifiesta únicamente en los medios audiovisuales y en el frenesí de la virtualidad. La música, las artes plásticas, el libro y la literatura, escenarios habituales de inquietudes y rompimientos, experimentan las mismas instrumentalizaciones.
.....

Michael Jackson, Eminem, Backstreet Boys, Luis Miguel, Cristina Aguilera y Shakira, además de la celeberrima Britney Spears? Todos conocemos algo, algunos lo saben todo.

De hecho, la música, junto al cine y el audiovisual en su conjunto, son las industrias culturales preferidas por la globalización. En los Estados Unidos, determinan el resultado final del Producto Interior Bruto. Únicamente en agosto de 2002, el interés por la primera de estas manifestaciones culturales provocó que 32 millones de internautas visitaran sitios de contenido musical, y en el caso del programa de intercambio de archivos más conocido de todos, KaZaA, tuvo 8,4 millones de accesos en ese período. Apenas nueve meses después, el 22 de mayo de 2003, este *software* gratuito había facilitado la inimaginable cifra de 230 millones de descargas. La música cubana tampoco es de las más perjudicadas por la globalización *light*, aunque quizás su agosto haya estado en una dirección más tangible y convincente. Su calidad y apego a la identidad nacional, unido a la eficacia de ciertas políticas culturales aplicadas en el sector, le han permitido acceder e, incluso, beneficiarse económicamente en esa desigual confrontación internacional. Una confrontación a la que nuestros artistas acuden en virtud de sus méritos, sin la parafernalia alucinante que acompaña a muchos famosos de tramitada calidad. El bloqueo contra el pueblo de Cuba no es una abstracción política; se expresa

todos los días en los obstáculos que ponen en aquel país a la presencia del arte y la literatura de la Isla en los principales espacios y medios de difusión. Y aún así, el público estadounidense no es indiferente al apogeo cultural de sus vecinos, como tampoco lo son los cubanos -más abiertos y conocedores, sin duda- a la perdurable (e incluso a la efímera y trivial) gran cultura del país del Norte. Cada intento de excluir o marginar a la Isla se constituye en una respuesta de creación, solidaridad y fervor patriótico.

Hoy quizás estén los intelectuales cubanos entre los más ocupados y preocupados por la suerte y destino de sus iguales de Norteamérica, y no sólo por la de ellos, sino por la de todo el pueblo de Lincoln y la Humanidad en su conjunto. En La Habana se habla insistentemente de crear un Frente Antifascista de alcance mundial, pues tal es la urgencia y gravedad del fenómeno que toca a nuestras puertas; en muchas partes aún se debate si se trata de galgos o podencos. Hora a la hora y tiempo al tiempo. Guernica ha dejado de ser un triste recuerdo, una dramática lección de historia, para verse multiplicada en incontables ciudades de Afganistán, Irak e, incluso, en el seno de la vieja Europa. Mañana pudiéramos encontrarnos con la repetición de su tragedia en cualquier latitud. ¿Habría que esperar a ver caer las bombas sobre una escuela para salir a las calles a protestar contra la guerra, como pareciera de-

cirnos un conocido intelectual español a propósito de un eventual ataque a La Habana? Insisto: la tarea fundamental de la izquierda, incluso la desconcertante, es detener al fascismo, ahora que se recompone y se nos presenta con la engañosa naturalidad de un espectáculo a domicilio. La Libertad, nos dicen, es su estandarte, pero nosotros sabemos que es la Muerte.

y CINCO

Soy optimista. Se está moviendo el piso. La tercera edición del Foro Social Mundial de Porto Alegre se escenificó en un contexto diferente al que le diera origen, incluso como negación a las estrechas expectativas de algunos de sus fundadores. Ese contexto es peor en ciertos casos, alentador en otros. Llevarse a la India le restará eficacia al Foro en América; habrá que reinventarlo.

Al gobierno de los Estados Unidos ni siquiera en su casa lo escuchan en silencio. El fascismo no es una amenaza hipotética, respira y crece en los círculos de poder de Washington y sus tristes y penosos acólitos, y los pueblos, aun sin haberlo vivido, lo recuerdan como parte de su memoria histórica. Millones de personas marcharon en todo el mundo por la paz en febrero y marzo de 2003. La globalización hoy es la guerra y lo demás, pero sobre todo la guerra, que es el recurso preferido de los imperios en su fase extrema de desesperación y odio. Es la cresta de una ola que empieza a agonizar. Pero, aún así, hay que evitar que la guerra se produzca. El actual gobierno de los Estados Unidos sabe de su poderío, mas, sobre todo, tiene conciencia de su debilidad, que es irreversible, aunque muy peligrosa. *No (hable) en nuestro nombre*, escribió a Bush un grupo de hacedores de cultura y de bien en aquel país. Ya los firmantes son más de 20 mil; los hay cineastas, escritores, periodistas, actores, actrices, músicos, pintores, antropólogos y muchos otros que representan a los más diversos oficios

y géneros del arte y de la vida de una nación. Fue un rayo de luz en la que parecía ser la más lóbrega e indiferente de las noches americanas. Nunca antes, durante el período de preparación de una acción bélica, había encontrado un gobierno tal rechazo entre los intelectuales y a escala popular universal. Desde ese momento, ya nada sería igual, con independencia de que mañana las tropas estadounidenses desembarquen en "cualquier oscuro rincón del mundo", como suele definir el presidente Bush a los países que nos revelan el amplio diapasón de su racismo y su enquistada ignorancia. La globalización más deseada y necesaria en este instante comienza por la paz y comporta la justicia social. Implicaría, de un modo u otro, la derrota definitiva del imperialismo. Una cartografía de la esperanza no sería tal si no incluyera la victoria.

El problema de nuestro tiempo, no se resume en la especulación teórica en torno a si la lucha es por "un capitalismo de rostro más humano" o por "un socialismo de naturaleza democrática". Si es capitalismo es, cuanto menos, externamente inhumano, y si es socialismo entraña una experiencia democrática, así jamás haya sido bosquejada en los libros de culto. El ex-general Colin Powell, paradójicamente publicitado como el "halcón-paloma" del entorno de Bush, acaba de decir en Puerto Rico que los Estados Unidos se unirán a Europa en la "nueva" estrategia de Los Quince contra Cuba. Nadie lo cree. Salta a la vista el conciliábulo. Fracasada una fase del plan maestro de Washington, la Unión Europea se apresta a representar su papel en la preparación de la que pudiera ser una próxima agresión. En el Viejo Continente no hacen nada sin que lo pida el César. Da pena esta Europa oficial.

Pero, a pesar de todo, o tal vez por eso, un nuevo pensamiento se abre paso. Vivimos otra realidad y es menester vivirla para poder interpretarla. Si la izquierda vigente quiere trascender, tiene que recuperarse de la mala

herencia del teoricismo (siempre estéril) y de los dogmas (generalmente espectrales) y releer no sólo el pasado más reciente, sino los días que pasan, y oxigenar sus ideas, y ser capaz de organizarse. Estructurar este nuevo pensamiento social desde la praxis, es su imperativo; sin distraerse más en la inutilidad de la catarsis ni en la estrechez axiomática de la culpa. Ya la historia hizo el juicio final, y el imperialismo aprovechó la circunstancia para cebarse en la incertidumbre, en el inmovilismo y en las lamentaciones. ¿Quién, sino todos unidos, lo podría detener?

Dudemos reafirmándonos. Ser un intelectual revolucionario hoy no necesariamente equivale a haberlo sido ayer; es una condición

en movimiento. Cuidémonos tanto de la plaga silvestre de los sectarismos como de la desorientación y la parálisis que provocan el miedo y la manipulación habitual de la verdad. Dejemos para la derecha su irreductible tarea del pragmatismo y la clasificación de los hombres en parcelas de odio y de rencor. La izquierda verdadera siempre ha sido atractiva por la originalidad de su pensamiento y el dinamismo de sus ideas, y la derecha, un carcamal de resabios, un sermón de chafandines, una pelea de perros. Hagamos de la lucha nuestra obsesión. Y si nos toca estar para probar que somos, no esperemos a entonces para decir adiós.

La Habana, enero-junio de 2003 **hU**